

El hombre crea a Dios, Dios provee al hombre, lo engorda y al final lo devora

Alberto Avendaño

La manera en la que comprendemos el mundo dejó atrás lo análogo gracias a la pandemia. Nos vimos obligados a descubrir nuevas formas de llevar a cabo las labores cotidianas, reescribimos nuestros códigos de rutina y ahora comprendemos la comunicación como un monólogo que hace eco en las masas. Los foros de redes sociales se encuentran saturados de opinólogos, profesionales y amateurs; las relaciones a distancia se multiplicaron; los trabajos evolucionaron hacia escenarios que nos parecerían sacados de *Black Mirror*; y las escuelas ahora son más cercanas a la caricatura de *Los Súpersónicos* que a lo que hace tres años comprendíamos como programa educativo.

Hubo un miedo constante a la muerte propia y a la de los seres queridos; también hubo quienes experimentaron la pérdida; millones de desempleados y deudas que parecen sacadas de una trama dostoevskiana, pero la adaptación es constante en Occidente. Las ventas de libros en línea aumentaron; muchos restaurantes obtuvieron comensales a kilómetros y las funerarias al tope. En fin, el capitalismo absorbe cualquier situación y nos la regresa en forma de mercancía, mientras nosotros, sus creadores, nos exprimimos para mantenerlo gordo y contento como un dios plural y cíclico.

Vivimos la era de las decenas de plataformas de *streaming*, asistentes virtuales, la sabiduría del mundo en nuestros teléfonos, videojuegos, foros que se pelean por ver quién hace el debate más intrascendente e innecesario en la historia universal y la de los empleados de aplicaciones que deciden autoexplotarse para transportar unos tacos y una cerveza desde el otro lado de la ciudad, bajo la lluvia, mientras espera enojada una señora burguesa porque su orden va a destiempo. La tecnología domina nuestro destino y la pandemia aumentó su alcance al destino de otras especies; ahora es común saber de gente que usa *bots* para entretener a su gato o que utiliza a Alexa para reproducir frecuencias relajantes para el perro. En Facebook leo a los empleados de equis

empresa quejarse de volver a la oficina, pues ahora están acostumbrados a trabajar desnudos desde la comodidad de su casa mientras se abarrotan de comida chatarra; y aunque los eventos presenciales han regresado, no concebimos las actividades culturales sin transmisiones en vivo o, por lo menos, sin las historias de nuestros contactos (aunque ahí estemos quejándonos en redes de que fulanita subió muchas historias del concierto de División Minúscula en la feria, como si la felicidad del otro fuera un espectáculo sadomasoquista del que somos cómplices).

Tal vez estemos ante los últimos tiempos de lo que comprendemos como humanidad. La digitalización nos deviene en seres aislados que se nutren del *show* y el esfuerzo colectivo. Los eventos catastróficos, como las pandemias, solo aceleran el desarrollo evolutivo y destructivo de nuestra especie.

